

Enrique Bienzobas

Cuando la novela policíaca se escribe en clave poética

En torno a RAFAEL REIG: *Guapa de cara*. Editorial Lengua de Trapo/Suma de Letras, Madrid 2005

Confieso que nunca había leído a Rafael Reig, excepto el prólogo de *El crimen de la calle Fuencarral* [Benito Pérez Galdós, Lengua de Trapo, Madrid 2002] -y de su generación sólo a Marta Sanz y hace poco a Antonio Orejudo- hasta que un buen día enredando en la red me encontré con una reseña de David Torres, tan buena como todo lo que escribe, publicada en 2004 en *ABC* [bit.ly/2SckJ48], sí, cierto, un periódico comercial como otro cualquiera. Me llamó poderosamente la atención el principio de la reseña: la ira contra la Feria del Libro de Madrid, un acontecimiento en el que día tras día, diecisiete en total, bajo un tiempo atroz, "los mismos autores firman los mismos libros" y en la mayoría de las casetas, hornos, zulos del horror, se repiten "las dos docenas de best-sellers de turno", por no hablar de la infraestructura, diseñada para martirizar a librerías, autores, público y a esos pobres perritos que sus amos se empeñan en que aprendan a leer para no tener que hacerlo ellos. Hace muchos años, antes incluso de 2004, que decidí no volver nunca más a la Feria. Lo he cumplido. El final de la reseña fue tan contundente como el principio: "Una elegía por la pureza perdida, la soledad, la orfandad y la derrota". Se refiere a *Guapa de cara* [RAFAEL REIG, en Lengua de Trapo, Madrid 2004; la edición que he utilizado es la 2ª en Suma de Letras]. Entonces me dije: socio, tienes que leer esa novela.

Pero pasó algún tiempo hasta que hace poco leí en un artículo-entrevista-conversación entre Anna María Iglesia, Edurne Portela y Alberto Olmos publicado en el nuevo y flamante *Ajoblanco*, nº 2, 2018 (no se pierdan la entrevista inicial a Debbie Bookchin), que lleva ya un tiempo sin aparecer, bajo el título "Redefiniendo El Campo Literario" algo sobre la generación de Reig y no pude más. Saqué la novela de la biblioteca pública de mi barrio, uno de los organismos más maravillosos que existen, y me dispuse a leer.

Desde la primera página, cuando la protagonista, Lola Eguíbar, escritora de libros juveniles, es *cobardemente asesinada* (es un decir, fue en la tercera página, pero eso es lo de menos), hasta el final sin parar. Era imposible dejar la lectura, era inverosímil hacer un alto más largo que el de la simple visita al baño o a la cocina, o dormir plácidamente, esto último lo intenté, pero soñaba con la Castellana convertida en un canal acuático, en unas calles por las que los únicos vehículos que circulaban eran bicicletas, en un país anexionado por los Estados Unidos y convertido en el U.S. Iberian Federation en donde el español como lenguaje estaba prohibido, ¿pura ficción? En unas píldoras de color verde que, para vencer a la muerte, quitan la vida. Y de una lírica tan profunda como eso de que *hay que haber ido en metro [de Madrid] en verano para darse cuenta de la cantidad de lunares, lobanillos, verrugas, antojos y mataduras que tenemos la mayoría de las personas. Allí abajo encontraba Benito la carne humana en toda su inabarcable verdad, atractiva y repulsiva a la vez, tan empapada de tiempo y muerte como la vida y la sexualidad....* O ese hermoso episodio del remo que faltaba para una de las cuatro piraguas que la protagonista, *asesinada cobardemente*, cuenta con la profunda emoción de las perdedoras, tanto ella como su padre, el que *nunca estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado*. Eso y las lágrimas de la heroína, *asesinada cobardemente*, tras una carrera de piraguas con su falda escocesa, cuando su padre, el psiquiatra que huyó de unos experimentos sospechosos, exhibió una mirada que era como una *piedra preciosa procedente de las tinieblas siderales*, que resumía toda una vida. Eso es pura poesía.

Detrás de todo ello, que ya de por sí es mágico, está el Dasein, es decir, Heidegger, es decir, Nietzsche, es decir, la vida que está ahí y deja de estar ahí, algo de lo que sólo nos damos cuenta cuando deja de estar. No recuerdo haber leído una novela en clave criminal tan profunda, tan mágica,

desde que leí, hace ya unos cuantos años, *Una investigación filosófica* [Philip Kerr, en Anagrama, Barcelona, 1996]. En sus páginas surgen como miembros de pleno derecho otros personajes no tan ficticios. Como *Los Secretos* y la muerte de Enrique Urquijo, "He muerto y he resucitado...", como la sustancia de ese Dasein con el que Nietzsche (del que la protagonista desde el mundo de las sombras nos dice que cuando era pequeña *encontraba en sus páginas esas ideas que ya hubiera pensado antes por mi cuenta* ¿o era el enrevesado Heidegger?) quiso convertirse en caballo para que no maltrataran al equino. ¿Antes de qué? Tal vez ella misma lo aclara cuando habla de la realidad y la mentira: *la fantasía juega en el campo contrario, tiene que conseguir la ilusión de verdad... ¿Antes de qué? ¿De los recuerdos...?* Dice Lola Eguíbar, *asesinada cobardemente*, que, su amigo Carlos Vilorio refiriéndose a la magdalena de Proust, le explicaba que *el recuerdo sólo es posible gracias a lo que olvidamos [...] que el único recuerdo verdadero, el que permanece tal y como fue, es el de lo que hemos olvidado...* A vueltas con el Dasein, a vueltas con el ser que vive fuera de sí, como la escritora de libros juveniles después de ese *crimen cobarde*. A vueltas con Enrique Urquijo.

No quiero terminar sin volver a recordar el fin de la reseña de ese gran escritor que es David Torres: "Reig disecciona el cadáver de la movida madrileña y los sueños rotos de una generación que bien pudo ser la nuestra, y que se quedó en nada o en casi nada. Una elegía por la pureza perdida, la soledad, la orfandad y la derrota". Gracias a David he leído una muy buena novela, que no dudo en recomendar. Y que no creo pueda olvidar.